

Celibato

N. de la R.—Con emoción recogemos estas bellas páginas de un hermano nuestro separado sobre el celibato. Hoy más que nunca el celibato, sobre todo el eclesástico, está en el centro de atención del mundo. En torno a la preparación del Concilio se ha tejido y destejido abundantemente sobre este tema. En nuestro mundo oficialmente cristiano, pero laico en la realidad, el celibato es una de las paradojas más impenetrables, que además hieren la sensibilidad pagana de nuestra sociedad. El autor de estas páginas no es ningún sabio sacerdote católico, ni aún culto seglar perteneciente a nuestra Iglesia católica, sino un calvinista, el prior del primer monasterio de hombres, nacido en la Iglesia Reformada. En un viejo monasterio de Francia, hace muchos siglos abandonado por los monjes, junto a las ruinas gloriosas de Cluny, un grupo de hombres, casi todos intelectuales, pertenecientes a las Iglesias reformadas, se han reunido para santificarse y orar por la unidad de los cristianos. El monasterio de Taizé es un centro de ecumenismo de irradiación universal. Su prior, Roger Schutz, ha escrito imborrables páginas de vida espiritual. De su precioso librito "VIVRE L'AU-JOURD'HUI DE DIEU" (Vivir el hoy de Dios) Presses de Taizé, 1961) copiamos reverentemente el hermoso capítulo sobre el celibato. Esta vez de fuera será escuchada por muchos, que tal vez son alérgicos a las voces y razones de dentro.

La castidad del celibato es posible tan sólo si se mira a Cristo y el Evangelio. A los que han dejado mujer, hijos, campos... importa recordárselo. Si se rechaza, esta visión, llegan anticipadas las amarguras, los fracasos y tal vez la decadencia espiritual: la plenitud de la vida cristiana, tan grande sin embargo en el celibato como en el matrimonio, se halla destruída en su base.

Esta realidad es tan difícil de comprender, que no es posible tener mala voluntad a los que no entienden las enseñanzas de Cristo acerca del celibato. El mismo insiste: "Sólo puede comprender esto aquel a quien se le ha concedido el entenderlo".

Es preciso subrayarlo: La enseñanza de Cristo acerca del matrimonio y del celibato permanece revolucionaria hoy como en el primer día; y para penetrarla del todo, es indispensable colocarse en el clima de la Antigua Alianza.

Efectivamente, en Israel el matrimonio se concebía como una obligación natural, señalada siempre por el "creced y multiplicaos". Importaba ante todo asegurar una descendencia a Abraham; de ahí la insistencia en la procreación, con miras a la sobrevivencia del pueblo de Israel. Pero si se mira de cerca la extrema facilidad concedida para el divorcio —basta sólo una carta de repudio para romper los lazos conyugales— pronto se echará de ver que la monogamia en Israel corría riesgo de ser una poligamia por monogamias sucesivas. Se respetaba así el mandamiento primitivo: "No cometerás adulterio" y también se tranquilizaba, de la suerte, la conciencia moral del hombre.

Ya que por la ley religiosa, todos habían de casarse, se puede afirmar que, al llegar Cristo, en Israel no existía verdaderamente vocación al matrimonio, pues no había elección libremente consentida.

Cristo viene, pues, a establecer un orden nuevo. Hay ya, desde este momento, en la Iglesia, frente a todo hombre dos vocaciones difíciles, amasadas con renunciaciones, limitaciones y sacrificios. El matrimonio realmente monogámico, del que se halla excluído el divorcio, no es más natural para el corazón de la criatura venida a menos, que el celibato. En delante, ya no hace falta a toda costa la descendencia de Abraham. El mismo Jesucristo verdaderamente hombre y plenamente Dios acepta para sí la elección del celibato en vista del Reino de los cielos.

Matrimonio y celibato son, ambos a dos, dos ABSOLUTOS cristianos. Ambos con miras a Cristo vienen a ser señales del Reino que se acerca. Ambos imponen condiciones de vida peligrosas que no pueden ser aceptadas sino por motivo de Cristo y del Evangelio.

La Reforma, preocupada por los fundamentos escripturarios, ha regresado, sin embargo, en lo concerniente al celibato, a una posición veterotestamentaria. En el siglo XVI, se notaba sobre todo ciertos abusos en el celibato eclesástico; pero había poca preocupación por su valor evangélico. Muy seguramente la falta de teología del celibato ha mantenido a las masas protestantes en el rechazo de un compromiso con el celibato cristiano. Efectivamente, hay repugnancia en la mayoría frente al renunciamiento al amor del hombre por la mujer.

¿Cómo es posible que desaparezca la tensión mientras no se quiera considerar el celibato cristiano como llamamiento de Dios? A lo más, se acepta la utilidad práctica del celibato, valiéndose, entonces, de San Pablo. Sin embargo, lo que constituye verdaderamente el llamado al celibato es mucho más el signo extremo de contradicción que representa en un mundo endurecido, con los oídos tapados y que necesita signos visibles. En el clima sexualizado del mundo occidental, una vida ofrecida en auténtica castidad en nombre de Cristo plantea un problema de envergadura.

¿Por qué renunciar? Se trata de obedecer a un mandato evangélico que no es el de la naturaleza. He aquí la razón por la cual la vocación al celibato toma todo su valor cuando se encarna en hombres y mujeres, seres de carne y sangre, a veces dotados con alma de fuego; seres de pasión frecuentemente pléticos de posibilidades humanas y de sensibilidad. Con la vocación cenobítica, este signo de contradicción puede implantarse dondequiera con la presencia de mujeres y de hombres, en el taller, en la vida rural, hasta en los medios del pensamiento.

Pero, se hace necesario el repetirlo, matrimonio y celibato cristiano no son valederos sino en la búsqueda de la obediencia al Señor de la Iglesia con el único fin de amarlo más perfecta-

mente. Jamás ocasionarán estrechamiento si se aceptan por amor a Cristo y al prójimo. En el caso contrario, pronto constituirían una regresión hacia la búsqueda de sí mismo: ya no amamos a causa de Cristo y del Evangelio; y nuestro amor, lejos de darse, quiere ante todo poseer y acaparar para sí mismo. Es así cómo los mejores esposos pueden hacer de su hogar una célula dedicada a la muerte, porque todo es en ella función de felicidad natural; se ve a padres cristianos que no llegan a amar a sus hijos sino tan sólo para su propia satisfacción. Lo mismo que se encuentra a celibatarios que poco a poco se deslizan en esta pendiente; su sensibilidad demasiado viva y sensual, su miedo a ser francos, se transforman en ellos en una sensibilidad invertida y engendran seres completamente llenos de susceptibilidad.

Si la caridad de Cristo no se apodera de nuestro ser en su totalidad, si no nos dejamos abrasar con su amor, no podemos aspirar a la plenitud del matrimonio o del celibato cristiano.

Para todos aquellos que han entrado en la gran familia monástica, el compromiso definitivo al celibato manifiesta la voluntad de hacerse hombres de un amor único. La vocación monástica—como lo indica su sentido original, vocación de soledad— implica, para el que corresponde, cierta soledad con Dios. Pues bien, teniendo que amar verdaderamente a Dios invisible, sin malquerer a los hombres visibles, el que vive esta vocación acrecienta su poder de amar abasteciéndose en el único manantial: Cristo. Por la castidad del celibato, tiende a hacerse el hombre de un solo amor.

Queda una pregunta. ¿Cómo obligarse de por vida si las exigencias del matrimonio son tan estrechas? Es, más o menos, la pregunta de los discípulos. En lo referente al celibato, nos hemos preguntado si el derecho de obligarnos de por vida sería ir en contra de la libertad del Espíritu Santo. Pero entonces, ¿no discutimos sobre la libertad de Dios con el único fin de retenernos a nosotros mismos; como si Dios no fuese suficientemente libre y poderoso como para significar su llamamiento? Para nosotros, la única respuesta era obligarnos únicamente por causa de las promesas de Cristo: "Quien deje padre, madre, mujer, hijos... por amor mío, recibirá el céntuplo aquí abajo; y en el siglo futuro la vida eterna". Si contrae obligación con Cristo, inmediatamente Él se obliga con nosotros. Hay en esto una verdad de experiencia que viene a confirmar para nosotros un llamamiento que sólo, quizás, puede ser comprendido plenamente por quien ha sido favorecido con él.

"Si el celibato proporciona mayor disponibilidad para ocuparse de las cosas de Dios, no puede ser aceptado sino para darse más y más al prójimo por amor de Dios". "Nuestro celibato no significa ruptura de los afectos humanos, ni indiferencia, pero exige la transformación de nuestro amor natural. Sólo Cristo realiza la conver-

sión de las pasiones en un amor total hacia el prójimo. Cuando el egoísmo de las pasiones no se supera con una generosidad creciente, cuando el corazón no se llena sin cesar de amor inmenso no puedes dejar que Cristo ame en tí; y tu celibato se torna pesado. Esta obra de Cristo en tí reclama una paciencia infinita".

El compromiso de la castidad es un llamamiento a vivir en una pureza radical; y esto en condiciones de vida, a veces, en circunstancias peligrosas. No es exagerado hablar de una castidad heroica en un combate necesante que nos liga a Cristo en cuerpo y alma.

La pureza de corazón hace que veamos a Dios: "Bienaventurados los corazones puros, porque verán a Dios". Es preciso descansar en esta promesa de ver a Dios, de verlo pronto, de verlo ya en nuestra vida terrestre. Sólo cuenta esta perspectiva. Sin este anhelo de ver a Cristo, no cabe esperar perseverancia en la pureza del corazón y de la carne. Sin esta confianza constante, refrescada en sí por la contemplación silenciosa de la persona misma de Cristo Dios, toda pureza es imposible; tanta es la privación definitiva y sin retorno de toda concupiscencia carnal, aun imaginativa. Todo parece invitar a una sorda rebelión ya que hay en todo ser una necesidad de intimidad total que aspira al apaciguamiento,—hay que decirlo—por la intimidad corporal.

Para mantenerse en castidad, para corresponder al llamamiento de la pureza de corazón, para permanecer en la autenticidad, sólo el deseo de ver a Cristo será capaz de apagar esta sed. Poco a poco, lo que es turbio e inconfesado será arrastrado a pesar de todo por la contemplación de Cristo viviente en los Evangelios; del Cristo de Gloria en la oración de la Iglesia.

"Arrancar el ojo; cortar la mano, ocasión de caída", tratar duramente a su cuerpo...". Toda disciplina no puede ser aceptada sino por Cristo y el Evangelio. Ciertamente, es indispensable luchar como buenos atletas en la arena para alcanzar la palma; arrancar el ojo con el fin de crear nuevos hábitos; y dominar todo el mecanismo interior que puede, en tal o cual situación, echar a vuelo todo el cortejo de las imaginaciones. Al fin de la carrera, se halla el descanso de nuestra vida carnal con Cristo en Dios.

Pero, jamás ha de olvidarse que ninguna tentativa de purificación para llegar a ver a Dios puede subsistir sin la contemplación. Si no, la ascésis se vuelve contra sí misma; corre tras una pureza inalcanzable que llega a amar por ella sola, como una búsqueda de sí mismo.

Sólo nuestra mirada hacia Cristo permite la lenta transformación. Poco a poco el amor natural se trueca en caridad viva; la superación está hecha. El corazón, la afectividad, los sentidos, la humanidad permanecen alerta; pero OTRO, distinto de uno mismo, los transfigura.

ROGER SCHUTZ